

Horacio Labastida

Enrique González Pedrero

Dos memorias enlazadas convergen para recordar a Horacio Labastida. Enrique González Pedrero rememora ese primer encuentro con el hombre generoso que lo encaminó hacia su primer empleo. Sealtiel Alatríste, por su parte, evoca las reuniones de Don Horacio con sus compañeros del Instituto Cultural Helénico en las cuales nuestro autor fue, más que un espectador, un aprendiz aventajado. Ambos textos hablan del hombre apasionado por los libros y por la Historia de México, preocupado por el futuro de su país; del escritor sensible; del maestro elocuente, del funcionario probo pero, sobre todo, recuerdan al universitario generoso que fue Horacio Labastida.

Conocí a Horacio Labastida a fines del cincuenta y cuatro, cuando regresé a México después de pasar dos años en París. Había vivido un año en una buhardilla del *Hôtel du Lys*, en la rue Serpente, que comunica por uno de sus extremos con Saint-Germain-des Près y por el otro con Boulevard Saint-Michel, en pleno corazón del Barrio Latino. Aquél fue un año de iniciación parisiense maravilloso. El siguiente, a partir de la inauguración de la Casa de México en la *Cité Universitaire*, fui de los afortunados estudiantes que ocuparon una de las cómodas habitaciones en el último piso desde donde, creo, podía verse la *Maison Suisse* construida por Le Corbusier. En todo caso, conservo de esa casa una foto excelente con Julieta Campos, a quien conocí entonces, que nos tomó José Luis González de León quien, aunque arquitecto,

estudiaba en la Cinémathèque de París. En la Casa conocí al filósofo Manuel Cabrera, que fue su primer director —después de un interinato de José Lanuza, químico guanajuatense, quien se hizo cargo los primeros días hasta su llegada. Residían en la Casa entre otros, Ricardo Guerra y Lilia Carrillo, Paco López Cámara y Margo Glantz, de quienes Julieta y yo nos hicimos amigos cercanos.

Al término de la beca hubo que despedirse de Saint-Germain y sus cafés y de la Rue Saint Guillaume, de los paseos sin rumbo por las calles de París, de los editoriales vespertinos de Beuve-Mery en *Le Monde*, de las lecturas de Camus, Malraux, Sartre y Aron. Como se me hacía cuesta arriba volver a la burocracia después de la experiencia europea, así fuese en la Secretaría de Hacienda que era de las más benignas, Manuel Cabrera



me extendió varias cartas de presentación para algunos de sus amigos: Horacio Labastida, que estaba en la Universidad, quizás en Difusión Cultural; Pepe Iturriaga, subdirector de Nacional Financiera; el maestro Silva Herzog, que había fundado y dirigía *Cuadernos Americanos*, y Manuel Ma rrué, que dirigía *Problemas Agrícolas e Industriales de México*.

Las cartas de Manuel Cabrera me abrieron contactos con representantes significativos de distintos ámbitos del mundo cultural. La dirigida a Horacio fue fundamental: fue él quien me encaminó hacia mi primer empleo. Cuando empezaba a desesperar porque las puertas no se abrían, Labastida me acompañó al Fondo de Cultura Económica para presentarme a su Gerente

Editorial, Joaquín Díez-Canedo. Estaba vacante la secretaría de *El Trimestre Económico*, porque Julián Calvo había aceptado un cargo en la CEPAL y se había marchado a Santiago de Chile.

Acepté de inmediato y, al día siguiente, ya ocupaba yo un cubículo en el Departamento Técnico de la prestigiosa editorial fundada por Daniel Cosío Villegas y dirigida, a la sazón, por Arnaldo Orfila Reynal. No sólo me tocaría *El Trimestre* —que dirigían Víctor L. Urquidí y Javier Márquez— sino la lectura y corrección de los libros de Economía y Ciencias Sociales. El cielo nublado que me recibió a mi regreso de Europa empezó a abrirse: pude presentar asignaturas pendientes de Derecho y, con Julieta, dedicar parte de mis tardes a traducir libros para el Fondo, a la vez que empezaba a redactar mi tesis profesional, bajo la tutoría de don Manuel Pedroso. En mi examen profesional, presidido por don Manuel, estarían Jesús Reyes Heróles, Francisco Porrúa, Néstor de Buen y quien, con su oportuna recomendación, me había proporcionado condiciones propicias para llegar a ese momento: Horacio Labastida.

También en el inicio de mi carrera docente estuvo presente Horacio Labastida, al nombrarme su adjunto en la cátedra de Sociología de la Religión, cuando la Escuela de Ciencias Políticas todavía estaba en San Cosme. Horacio me introdujo, pues, a dos instituciones que, muchos años después, me tocaría dirigir.

Curiosamente, Horacio y yo coincidimos además en los comienzos de mi carrera política. Jesús Reyes Heróles presidía el Comité Ejecutivo Nacional y yo desempeñaba la Secretaría General del PRI: Labastida

fue director del IEPES. Una amistad cálida se había anudado entre nosotros a lo largo de esos años, en los que fui ratificando día con día mi primera impresión al conocerlo: era un intelectual inteligente, un mexicano preocupado hondamente por su país y, esencialmente, una persona generosa y de altísima calidad humana. Eso, que lo vertebraba, se manifestó en todos sus empeños: como juez, como profesor, como rector en la Universidad de Puebla, como investigador de cuestiones jurídicas, como legislador y como embajador, como autor de numerosas obras relacionadas con las ciencias sociales, Labastida se mantuvo fiel a una visión del mundo fundada en la ética, la justicia y la aspiración a una sociedad más democrática y equitativa. Funcionario probo, maestro elocuente, periodista bien informado, escritor sensible, se acompañó siempre del pasado mexicano, de la Historia de México, para entender mejor el presente.

Fue un intelectual político, en el sentido que le daba Reyes Heróles a las inteligencias que participaron en la cosa pública a lo largo del siglo XIX. Pero, por encima de todo, Horacio Labastida fue un hombre bueno.

Debo decir que tanto la muerte de Enrique González Casanova a mediados de diciembre, como la de Horacio Labastida unos días después, me dejaron anonadado. Con ellos se fueron dos cuadros universitarios, dos pilares que dieron mucho a la Universidad Nacional Autónoma de México y, en especial, a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Va a ser difícil sustituirlos. Ahora que ambos se han vuelto un recuerdo ¿no convendría que sendas aulas de la facultad, a la que consagraron tanto de su valioso tiempo llevaran sus nombres?

Una amistad cálida se había anudado entre nosotros a lo largo de esos años, en los que fui ratificando día con día mi primera impresión al conocerlo...

